

# EN EL PAÍS DE LAS ESTRELLAS

De Jorge Alberto Silva

Personajes:

EI NIÑO

EI VIEJO

La MADRE

Un VIAJERO

EI BARQUERO

Una MUJER

Su HIJO

Su HIJA

Una DAMA

Un HOMBRE

Una EXTRANJERA

Colectivos:

GENTE de la tierra del NIÑO

Los CIUDADANOS

Unos NIÑOS

Los HOMBRES DE GRIS

Los PÁJAROS NEGROS

*Un terraplén cruza el escenario de lado a lado, sobre él hay una cerca de púas. El VIEJO está sentado en la base del terraplén con un cuaderno y un lápiz. Dibuja mientras canta.*

VIEJO: Mamá, yo quiero volar  
Quiero ver todo de arriba  
Mamá, yo quiero volar  
Ser un ave a la deriva.  
Que en el cielo hay tantas nubes  
Tantas que son infinitas  
Dicen que cuando te subes  
Las ves todas muy bonitas  
Mamá, yo quiero volar,  
Quiero ver nacer la lluvia  
Allá, es como en un mar  
Tan azul y tan enorme...

*Mientras el VIEJO canta, un grupo de niños entra jugando a la pelota. Hay gritos y se levantan nubes de polvo. Cuando el VIEJO deja de cantar, la pelota va a dar detrás de la cerca de púas. De pronto hay un silencio. Los niños se quedan*

*inmóviles. El único que se mueve es el NIÑO, quien se acerca al alambre de púas. El VIEJO lo observa.*

NIÑO: Esa fue la primera vez que crucé la cerca. Lo más lejos que me había encontrado hasta ese entonces de mi hogar. El primer paso del viaje que deseaba realizar desde siempre, desde que tuve uso de razón... desde que mi padre se fue. La primera de muchas barreras que tendría que cruzar.

*El NIÑO brinca la cerca y desaparece un instante. El resto de los niños empieza a salir de escena. El NIÑO regresa sin la pelota y cruza de vuelta al otro lado de la cerca. Voltea a todos lados buscando a los demás niños.*

VIEJO: ¿Y la pelota?

*NIÑO repara en el VIEJO y va acercándose a él.*

NIÑO: No la encontré. Se perdió.

VIEJO: Como todo lo que cruza esa cerca.

*El VIEJO vuelve a cantar.*

VIEJO: Mamá, yo quiero volar  
Quiero perderme en el viento  
Mamá, yo quiero volar  
Quiero... (Al Niño) Olvidé la letra. ¿Qué era lo que decía? ¿Te sabes esta canción?

*NIÑO niega con un gesto.*

VIEJO: ¿Y tú también quieres volar...?

*NIÑO no contesta.*

VIEJO: Cuando era niño, allá en aquella colina había un árbol, un mezquite. Tú no conoces los mezquites, ya nadie los conoce porque todos murieron. Me gustaba trepar ese árbol, recostarme entre sus ramas. Sentía que un enorme gigante me daba cobijo en sus brazos. Una vez descubrí un nido, pero no era uno de esos pájaros grises que andan por ahí; era de unos pájaros de colores, muy hermosos. Los papás pájaros me dejaban ver a sus hijitos, unos polluelos pelones que hacían "gri, gri, gri". Poco a poco les fueron saliendo las plumitas, fueron creciendo. Y un día decidieron que era hora de volar, pero no pudieron. Fueron a estrellarse contra el piso... Ese día me fui por primera vez... Ahí voy yo a volar, encueradito, sin plumas... ¡Cómo no iba a terminar en el suelo!

NIÑO: No le diga a mi mamá.

VIEJO: ¿Qué cosa?

NIÑO: Que crucé la cerca.

VIEJO: Tiene miedo de que quieras volar... y de que te vayas contra el piso...

NIÑO: Un día voy que volar. Aunque ella no quiera.

VIEJO: Pero tú ni plumas tienes. Eres un pajarraquito que hace “gri, gri, gri”.

NIÑO: Un niño que estaba conmigo en la escuela ya voló.

VIEJO: (Se quita el sombrero) Pobre de él. Ojalá regrese. Aunque, ¿para qué? Aquí no hay nada. Sólo tierra... ¡Qué tristeza! Casi no hay planta que pueda crecer en esta tierra yerma... ¿Qué pasará con nuestras raíces? Ya no podrán crecer, ya no podrán afianzarse.

NIÑO: Yo voy a volar como él... Y como mi padre.

VIEJO: Tu padre... Déjame verte... (Le toma la cara y la observa con detenimiento) Los mismos ojos... ansiosos de ver algo más... Quién sabe adónde habrá ido a parar...

NIÑO: ¡Cómo a dónde! Al País de las Estrellas. Mi mamá dice que un día vendrá a llevarnos con él.

VIEJO: No quiero desanimarte, pero poca gente regresa de allá. Y quien regresa... no regresa del todo.

NIÑO: Yo iré a buscarlo.

VIEJO: (Ríe) No sólo no vas a encontrarlo, sino que además te vas a perder.

NIÑO: No me voy a perder. Sé cómo llegar.

VIEJO: ¿Ah sí?

NIÑO: Sí, me dijeron en la escuela que está allá derecho, al norte, muy muy lejos.

VIEJO: Muy lejos, más lejos de lo que crees. Necesitas otro par de pies si quieres llegar hasta allá.

NIÑO: ¿Es cierto lo que dicen?

VIEJO: Depende de qué sea lo que dicen.

NIÑO: Que usted fue al País de las Estrellas... y regresó.

VIEJO: Yo fui y vine, fui y vine, fui y vine... Tantas veces... Yo regresé, pero mi alma se quedó allá. Me la robaron. La busqué y la busqué y ya nunca la pude encontrar. Me llenaron el vacío con papelitos verdes que se fueron pudriendo y que luego desaparecieron.

NIÑO: ¿Es bonito?

*El VIEJO permanece callado por unos instantes.*

VIEJO: Hermoso... Pero como algunas bestias de la selva, lo que es bello también puede ser peligroso... Mortal, incluso...

NIÑO: ¿Y por qué regresó?

VIEJO: Porque las raíces duelen.

NIÑO: Si yo fuera para allá, jamás regresaría a este lugar. Mandaría traer a mi mamá y todas las noches voltearíamos al cielo para ver las estrellas. Y encontraría a mi papá y le pediría que me contara todas las historias que ya me contó mi madre. En su voz serían como nuevas historias.

VIEJO: En este cielo nuestro no hay estrellas, ni hay nubes. Es un cielo blanco, indiferente. En el País de las Estrellas viven bajo un cielo distinto.

NIÑO: Dice mi mamá que aquí antes había estrellas y que ella las miraba cuando era niña. Las estrellas se le metían en los ojos y le contaban historias de guerreros y princesas, de animales raros que ya ni existen. Y que el cielo brillaba de tan lleno. Ella intentó contarlas una vez y se quedó dormida. Cuando despertó, las estrellas se habían ido. Y nunca regresaron. ¿Usted las vio?

VIEJO: Todavía las veo. En sueños. Me sueño volando entre ellas.

*El VIEJO vuelve a cantar su canción mientras mira fijamente al NIÑO y dibuja en su cuaderno. Finalmente, el VIEJO arranca la hoja y se la entrega al NIÑO.*

VIEJO: Si un día vuelas, no vayas a olvidarte de quién eres.

NIÑO: (mira el dibujo) ¿Soy yo?

VIEJO: Mírate ahora. Así se veía tu padre... Ahora quién sabe cómo se vea...

*El VIEJO se aleja cantando. En un extremo, aparece la MADRE tarareando la misma melodía. Lleva en una mano un montón de semillas. Con la otra mano va*

*tomándolas una por una para besarlas y arrojarlas al suelo. El NIÑO se acerca y la abraza. La MADRE le corresponde el cariño.*

MADRE: Ay, Niño. Si tan sólo supieras lo que se siente mojarse en la lluvia. Sentir las gotas en el cuerpo, refrescarse luego de un día lleno de verano. Yo vi llover. Me mojé en el agua que el cielo nos obsequiaba. Pero la gente de las montañas nos robó las nubes. Sólo las quieren para ellos. Sin nubes y sin estrellas. Qué tristes tiempos te tocaron, Niño.

NIÑO: ¿Y esa gente de las montañas no nos puede regalar aunque sea una nubecita? Una chiquita con tan solo unas gotitas.

MADRE: Las nubes son infinitas. Hay millones. Las nubes bailan todos los días. Nacen, mueren y renacen. Pero la gente de las montañas las quiere para ellos. No les importa que muramos de sed. Nos odian, nos temen, nos quieren ver enterrados. Cuando uno de ellos nos ve piensa que le haremos daño. “Monstruo, monstruo”, nos grita. Nos creen distintos. Ellos con sus rostros tan limpios, con su piel fresca acariciada a diario por el agua. Si supieran que con un poco de agua podríamos limpiar nuestro rostro. Y entonces seríamos iguales.

NIÑO: Algún día me mojaré en la lluvia y mis ojos se llenarán de estrellas. Como los tuyos, cuando eras niña.

MADRE: Tu padre me dijo que te traería una estrella. Una para ti solito. Pero se fue hace tanto.

NIÑO: Va a regresar.

MADRE: Eso dijo: “regresaré”. Y guardé su palabra entre mis manos, hasta que un día me la arrebató el viento. ¡Cuántas palabras como esa vagan perdidas en lo desconocido del mundo!

*La MADRE besa una semilla y la arroja al suelo.*

NIÑO: ¿Por qué besas las semillas, mamá?

MADRE: De aquí viene nuestra comida, Niño. Hay que agradecerle y mostrarle cariño a esta semillita que nos alimentará.

NIÑO: Eso si no vienen los pájaros negros.

*MADRE reacciona con miedo, le tapa la boca.*

MADRE: No los nombres. Sólo vendrán si los nombras.

NIÑO: De todas formas, esta tierra está muerta. No va a nacer ninguna planta.

MADRE: ¿Quién te dijo tal mentira? No está muerta. A la tierra no se le mata tan fácilmente. Está cansada, dolida. Pero vive y nos permite vivir.

NIÑO: Esto no es vivir.

MADRE: Ven acá, Niño.

*La MADRE lo abraza.*

MADRE: Sé lo que quieres hacer

*El NIÑO reacciona nervioso. Trata de desasirse y mira a su madre.*

MADRE: No lo soportaría. Perder otra palabra en el viento. Dejaría de besar las semillas. No tendría caso. Prométeme que no lo harás.

NIÑO: Quiero ver las estrellas, Mamá.

MADRE: Y las verás. Ten fe. Un día de estos, cuando se meta el Sol y la noche se arremoline, verás una lucecita en el cielo, y luego otra y otra... Y la noche va a desaparecer de tantas estrellas. Como aquella vez, ¿te acuerdas? Llegaron las luciérnagas y todos en el pueblo corrieron entre ellas gritando emocionados.

NIÑO: Y a la mañana siguiente, a todas las luciérnagas las abandonó su luz. El suelo estaba tapizado de ellas. Todos los niños nos pusimos a llorar. Y nunca vinieron más luciérnagas.

*La MADRE le da al NIÑO un montón de semillas.*

MADRE: Ya no hables más. Ayúdame.

*NIÑO recibe las semillas con reticencia. La MADRE sigue el proceso: besa la semilla y la tira al suelo. El NIÑO no se anima a imitarla.*

MADRE: Anda, no tiene nada de complicado. ¿Te cuento un secreto? Los frutos más deliciosos son los que provienen de una planta que tú cuidaste.

*El NIÑO finalmente besa la semilla y la deja caer en el suelo. Cuando está a punto de besar una segunda semilla, entra gritando un hombre del pueblo.*

HOMBRE: Ya vienen. Corran a esconderse. Ya vienen.

*El escenario se ve inundado de gente del pueblo que corre y grita llena de pánico. La MADRE abraza al NIÑO y se sitúa en el centro de la confusión. Gritos como “se acercan”, “tengo miedo”, “escóndanse” se escuchan en las voces de la gente del pueblo.*

MADRE: No tengan miedo, lo único que hay que hacer es no nombrarlos.

*El caos sigue reinando. Una MUJER se acerca a la MADRE y al NIÑO.*

MUJER: ¿Qué hacen aquí? ¿No escucharon? Ya vienen. Están por todo el cielo y no tardarán en caer sobre nosotros. Son...

MADRE: No los nombres...

MUJER: Los pájaros negros...

*Hay un grito masivo y toda la gente se tumba al suelo. El escenario queda en penumbras al tiempo que el ruido del batir de cientos de alas y de graznidos se deja escuchar. Poco a poco los sonidos desaparecen y la situación se normaliza. La gente comienza a ponerse de pie. Ahora viene el llanto, los lamentos. La MADRE inspecciona a su hijo para comprobar que esté bien. Lo abraza. Ambos se ponen de pie y caminan hacia el punto donde arrojaban las semillas. La MADRE se tumba de rodillas sobre el lugar y lo contempla con los ojos llenos de lágrimas.*

MADRE: Se las llevaron...

*La MADRE ve a su alrededor, la gente sigue lamentándose.*

MADRE: Nos dejaron sin nada. Las semillas... No debimos nombrarlos...

*NIÑO se hinca junto a su madre. La gente empieza a salir poco a poco del escenario hasta dejarlo vacío.*

NIÑO: Ven conmigo. Vamos a buscar a mi Padre. ¿No quieres ver las estrellas como cuando eras niña?

MADRE: El camino es largo, Niño. Yo ya no puedo. La juventud se me ha escapado, mis pies podrían romperse.

NIÑO: Déjame ir.

MADRE: ¡No...! (Lo abraza con fuerza) ¡No! ¿Viste a esas bestias? No son nada comparado con otros peligros que hay camino al norte. No quiero perderte. Eres la única semilla que me queda.

*NIÑO mira al piso y recoge una semilla que no se llevaron los pájaros negros.*

NIÑO: Queda una... Te lo prometo: volveré. No dejes que el viento te arrebatte esa palabra.

*La MADRE toma la semilla y la besa. Se la entrega al NIÑO.*

MADRE: No puedes perder esta semilla. Vas a volver y la plantarás para que crezca un árbol inmenso, de raíces fuertes.

*El NIÑO se guarda la semilla y después abraza con fuerza a su MADRE. Se pone de pie y corre hasta la cerca. La brinca. La MADRE permanece postrada con las lágrimas brotando de sus ojos. Entonces deja escapar el grito más doloroso. El VIEJO aparece con su libreta de dibujo y cantando.*

VIEJO: Mamá, yo quiero volar  
Quiero ver todo de arriba  
Mamá, yo quiero volar  
Ser un ave a la deriva...

*El escenario se oscurece durante el canto del VIEJO. Salen él y la MADRE. Cuando la luz regresa, el terraplén ya ha desaparecido. NIÑO atraviesa corriendo el escenario. Se para justo en medio, jadeando. Voltea hacia atrás y contempla el pueblo que ha abandonado. Da pasos inseguros hacia adelante sin quitar la vista del camino que ya anduvo. Nuevamente se detiene, su respiración se acelera y gira para andar sobre sus pasos. El VIAJERO, un jovencito apenas mayor que el NIÑO, entra corriendo a escena y choca contra él. Ambos caen al suelo. El joven lleva colgando una mochila.*

VIAJERO: ¿Vas al Norte?

*El NIÑO niega con la cabeza mientras VIAJERO se levanta para luego ayudar al NIÑO a levantarse.*

VIAJERO: Te pregunto porque estoy perdido. Voy al País de las Estrellas. ¿Y tú?

*El NIÑO no contesta.*

VIAJERO: ¿No sabes hablar?

*NIÑO asiente.*

VIAJERO: Pues habla...

NIÑO: Iba para allá, pero...

VIAJERO: ¿También te perdiste? ¿Sabes hacia dónde hay que ir?

*NIÑO señala un punto.*

VIAJERO: Entonces no estaba tan perdido. Por estos rumbos no hay ninguna sombra donde descansar. Todo es tierra. Y el cielo es el más extraño que he visto en mi vida. Aunque el lugar de donde vengo tampoco es un paraíso. Es la Ciudad del Ruido. Rara vez puede uno tener un sueño apacible porque siempre hay un sonido molesto taladrándote el cerebro: sirenas, cláxones, metales chocando contra metales.

NIÑO: Y allá, ¿tampoco llueve?

VIAJERO: Llueve a diario, pero no te puedes quedar bajo la lluvia. Las gotas queman. No son agua, son ácido. Las nubes son rojas como el óxido. Cuando aparecen en el cielo tienes que correr a guarecerte. Si una gota cae sobre tu piel...

*VIAJERO se levanta la manga de la camisa y le muestra al NIÑO una enorme cicatriz en el brazo.*

VIAJERO: Cuando hui de la Ciudad del Ruido se avecinaba una tormenta. Decían que iba a ser la más terrible de la que se tuviera noticia. Muchas personas escaparon igual que yo, pero los dejé atrás porque



soy muy rápido. Llegué a una colina y desde ahí vi como las nubes rojas cubrían por completo la ciudad. El ruido fue más fuerte que nunca. Pero luego, silencio. La primera vez en mi vida que lo escuchaba.

NIÑO: ¿Y tu familia?

VIAJERO: En la Ciudad del Ruido nadie tiene familia.

NIÑO: ¿Ni mamá ni papá? ¿Hermanos?

VIAJERO: Nada. Eres tú y nadie más. Pero en el País de las Estrellas tendré una familia. Me casaré con una mujer muy hermosa. Y me voy a comprar unos de estos.

*De su mochila saca un papel doblado y maltratado. Al desdoblarlo deja ver una fotografía de unos audífonos.*

NIÑO: ¿Qué son éstos?

VIAJERO: Unas cosas que te pones en las orejas y en las que puedes escuchar música o lo que tú quieras: el canto de las aves, el rumor de un río... Incluso podría escuchar un trueno sin sentir miedo. Pero lo mejor de todo es que podré escuchar el silencio. (Echa una mirada al Niño) ¿Y piensas ir así al País de las Estrellas?

NIÑO: ¿Así cómo?

VIAJERO: No llevas mochila. ¿No tienes sed? Tengo agua en mi cantimplora. Puedo darte si quieres.

NIÑO: No, gracias. No tengo sed

VIAJERO: Tendrás sed en el desierto.

NIÑO: ¿Desierto?

VIAJERO: El desierto. ¿No sabes? Hay que cruzar un desierto, y antes hay que cruzar una ciudad y un río... ¿No lo sabías?

*NIÑO niega.*

VIAJERO: Pero sí tienes la paga del barquero, ¿verdad?

NIÑO: ¿Barquero? Sólo sé que debo ir derecho, al norte.

VIAJERO: Si te vas así no vas a aguantar ni un día. ¿A qué ciudad vas? ¿Con quién vas a quedarte?

NIÑO: Voy a buscar a mi padre. Sólo sé que se fue al País de las Estrellas hace mucho tiempo.

VIAJERO: En el País de las Estrellas hay muchas ciudades con mucha gente. No vas a encontrar a tu padre así tan fácil.

NIÑO: ¿No?

VIAJERO: No. Y yo que te preguntaba a ti que si estaba perdido. Jamás llegarás al País de las Estrellas.

NIÑO: (Enojado) ¡Voy a llegar! Voy a encontrar a mi padre.

VIAJERO: Podemos irnos juntos.

NIÑO: No necesito compañía.

VIAJERO: Necesitarás agua... y alguien que te guíe. Dos son mejor que uno. ¿Vamos?

*NIÑO no contesta. El VIAJERO se encoge de hombros y comienza a andar. El NIÑO duda un poco, pero finalmente lo sigue. Caminan por el escenario y el NIÑO se detiene. VIAJERO sigue caminando.*

NIÑO: No me quitaba de la mente que cada paso me alejaba más de mi hogar. Allá había quedado mi madre, con una palabra entre las manos que tenía miedo de perder. ¿Habrá conseguido más semillas? La esperanza necesita tierra fértil para florecer. No podía más que seguir al norte. Caminamos buena parte de la noche antes de parar a descansar bajo el cobijo de unos árboles. A la mañana siguiente regresamos al camino. El Viajero tenía razón en una cosa: era mejor hacer el viaje acompañado.

VIAJERO: No te quedes atrás. Apúrate.

*NIÑO alcanza al VIAJERO, quien se ha hincado a beber agua.*

NIÑO: ¿Qué haces?

VIAJERO: ¿No lo ves? Estoy tomando agua.

NIÑO: ¿Por qué no tomas de tu cantimplora?

VIAJERO: Hay que aprovechar que nos encontramos este riachuelo para saciarnos. Así aprovechamos y llenamos la cantimplora. Ya ves lo que dicen: el agua es vida. ¿No quieres?

NIÑO: Estoy bien.

VIAJERO: Cuando lleguemos al desierto tenemos que estar bien provistos de agua. Conseguiremos otra cantimplora para ti en la Ciudad de la Indiferencia. Vámonos.

*El VIAJERO reanuda la marcha. El NIÑO lo sigue a pasos lentos, pero se detiene. Su compañero sigue de largo.*

NIÑO: El Viejo me contó alguna vez sobre la Ciudad de la Indiferencia.

*Aparece el VIEJO en otro extremo del escenario.*

VIEJO: Apenas pones un pie en esa ciudad y te vuelves invisible. Sus pobladores no pueden verte, mejor dicho, no quieren verte. Sólo los centinelas pueden verte, porque ese es su deber. Si uno de ellos te atrapa te volverás invisible de verdad, no sólo para los pobladores de la ciudad sino para cualquier persona... y será para siempre...

*El VIEJO desaparece. VIAJERO se detiene. En su rostro hay un gesto de dolor.*

NIÑO: ¿Estás bien?

VIAJERO: Me duele un poco el estómago.

NIÑO: ¿Por qué no comes algo?

VIAJERO: Ya se me pasará. Además, ya casi llegamos a la Ciudad de la Indiferencia. Está allá detrás de esas colinas. Llegaremos por la noche y... (Vuelve a quejarse del dolor).

NIÑO: No te ves bien.

VIAJERO: No me pasará nada... Vamos...

*El VIAJERO vuelve a andar, ahora sus pasos son lentos.*

NIÑO: Empeoraba a cada paso. Algo estaba invadiendo su cuerpo, algo quería arrancarle la vida. (Al Viajero) Será mejor que descanses.

VIAJERO: (Con debilidad) No, hasta que lleguemos.

NIÑO: Apenas puedes moverte. Te daré agua.

*NIÑO toma la cantimplora y está a punto de darle un trago al VIAJERO, pero él se la tumba de un manotazo.*

VIAJERO: Fue el agua.

*El VIAJERO se desploma*

NIÑO: ¿Qué tienes? Contéstame. Estamos a nada de llegar, allá alguien te atenderá. Anda, sigamos.

*El VIAJERO trata de incorporarse, se debilita más cada vez. Finalmente se pone de pie, camina apoyado en el NIÑO. Avanzan unos pasos y poco a poco la escena se irá llenando de ruidos de ciudad.*

VIAJERO: No debí... el agua... sabía extraño... Pero tenía sed y... no quería que se acabara... Ahora éramos dos.

NIÑO: No hables. Así no te debilitas.

VIAJERO: (Viendo hacia la nada) ¿Son esas... esas luces... son las estrellas?

NIÑO: Son las luces de la ciudad. Ya llegamos.

VIAJERO: Es el País de las Estrellas.

NIÑO: No, aún nos falta para llegar allá.

VIAJERO: No, ya llegamos. Pero... aquí también hay mucho ruido.

NIÑO: Resiste, vamos a buscar a alguien que nos ayude.

VIAJERO: Hay mucho ruido. Diles que se callen.

NIÑO: Sí, se van a callar.

*Gente empieza a caminar por el escenario. Todo el tiempo mantienen el rostro y la mirada hacia el frente.*

NIÑO: Por favor, ayuda... Mi amigo... está mal... Ayuda, por favor, ayuda.

*Nadie repara en los muchachos.*

NIÑO: Nos volvimos invisibles. Tal como lo dijo el Viejo. Ni una sola mirada, ni siquiera de lástima o de asco. Nada.

*El VIAJERO lanza un grito largo y cargado de dolor. En seguida parece recuperarse, en su rostro comienza a dibujarse una sonrisa de alivio.*

VIAJERO: Sí, eso... eso...

NIÑO: ¿Te sientes mejor?

VIAJERO: Shhh... Ya va llegando el silencio...

NIÑO: El lugar está lleno de ruido.

VIAJERO: (Ríe) Justo lo que quería... El silencio...

*Los ruidos se detienen de golpe, al igual que las personas de la ciudad. El VIAJERO queda inmóvil.*

NIÑO: También escuché su silencio. Era hermoso y triste. Hubiera querido quedarme a su lado, buscarle un lugar para su último sueño. Pero descubrí que estaba en peligro.

*Algunas de las personas que se quedaron paralizadas dirigen su vista al NIÑO, son los centinelas. Él se pone en alerta, lentamente va incorporándose. Los centinelas comienzan a acechar al NIÑO.*

NIÑO: Los centinelas.

*NIÑO toma la mochila del VIAJERO y va escondiéndose entre las personas. Los centinelas lo van acorralando cautelosamente. El ruido de la ciudad regresa y con éste el movimiento del resto de las personas. Los centinelas aceleran la persecución. Un hombre atrapa al NIÑO y le cubre el rostro con las manos. Los centinelas siguen buscando, pero se rinden. Van por el cuerpo de VIAJERO y terminan por salir de escena al igual que el resto de la gente. Solo quedan el NIÑO y el hombre, el BARQUERO.*

BARQUERO: (Suelta al Niño) ¿Quieres cruzar?

NIÑO: ¿Puede verme? ¿Usted es un... un centinela?

BARQUERO: Si fuera un centinela ya estarías... Bueno, no quieres saberlo. El caso es que no, no soy un centinela. Ahora dime, ¿quieres cruzar?

NIÑO: ¿Cruzar a dónde?

BARQUERO: El río, niño, ¿o a qué otra cosa viniste acá?

NIÑO: ¿Usted puede llevarme a...?

BARQUERO: Sí, siempre y cuando tengas la paga.

NIÑO: ¿Paga?

BARQUERO: Bueno, niño, ¿eres tonto o qué? Si quieres cruzar el río tienes que pagar. Yo te ocultaré de los guardianes del río.

NIÑO: No tengo... paga... No tengo nada.

BARQUERO: Entonces no cruzas.

NIÑO: No lo necesito a usted. Iré al País de las Estrellas a buscar a mi padre.

BARQUERO: ¿Vas a cruzar el río solo? Mejor que te hubieran atrapado los centinelas. Nadie cruza el río si no sabe cómo. El río es traidor, engaña a los incautos que lo ven apacible. Está hambriento, exige la carne de los desesperados, de los esperanzados. Sus brazos de agua te sujetan con fuerza y te llevan al fondo. Por más que quieras resistirte, por más buen nadador que seas, el río será más fuerte que tú. Tomará tu vida porque tú la pusiste a su alcance.

*Una MUJER entra a escena como buscando a alguien. La siguen su HIJO y su HIJA. El BARQUERO los ve.*

BARQUERO: Me buscan. Suerte, Niño.

*El BARQUERO se acerca a La MUJER. NIÑO los observa.*

MUJER: Estoy buscando al Barquero.

BARQUERO: Acaba de encontrarlo.

MUJER: Me dijeron que usted puede ayudarnos.

BARQUERO: ¿Tiene la paga?

*La MUJER asiente, extrae de entre sus ropas un envoltorio que le entrega al BARQUERO.*

BARQUERO: Síganme.

*El BARQUERO, la MUJER y los HIJOS salen de escena. NIÑO los ve alejarse y comienza a sollozar. En un arranque de impotencia tira al suelo la mochila del VIAJERO. Entonces parece tener una idea. Recoge la mochila y la empieza a inspeccionar. Encuentra en el interior un envoltorio como el que la MUJER acaba de entregarle al BARQUERO. La esperanza se dibuja en el rostro del NIÑO.*

*El BARQUERO junto a la MUJER y sus hijos aparecen en escena montados sobre una plataforma que hace las veces de balsa. El NIÑO se une al viaje. La niebla inunda la escena. El BARQUERO mueve la improvisada embarcación ayudado de un remo.*

BARQUERO: Para cruzar es necesario pagar. Es mejor pagarme a mí, el Barquero, que pagarle al río. Mi tarifa es alta, pero no como la del río. Ese maldito es un embaucador. Te promete que sus aguas serán serenas y amables y te invita a cruzar. Parece una oferta imposible de desaprovechar. ¡Mentira! Apenas te envuelven sus aguas y comienza a cobrarse. No acepta otra tarifa más que una vida.

MUJER: Hilvané esperanzas por años. Deshice mi corazón en hilos y tejí sueños para que mis pequeños no sufrieran lo que yo sufrí. Se

desterró a la justicia de mi hogar, fui testigo de los más crueles despojos. Corríamos peligro. No podíamos continuar en esas tierras donde los gritos de ayuda se pierden en las ráfagas de viento ardiente.

HIJA: ¿Falta mucho, mamá?

BARQUERO: Ya lo has preguntado muchas veces, niña. Falta lo que falta. Ni más ni menos.

HIJO: Tengo miedo. Todo está muy oscuro. (Al Barquero) ¿No puede encender una luz?

BARQUERO: Si encendemos una luz llamaremos la atención de los guardianes del río. Ellos son peores que los centinelas de la Ciudad de la Indiferencia. Sus ojos son faros gigantes que te roban la vida con solo iluminarte.

HIJA: ¿Y esos guardianes en dónde están?

BARQUERO: Pueden estar en cualquier parte.

HIJO: (Al Niño) ¿Y tu mamá? ¿Por qué no viene contigo?

MUJER: Hijo, no le hagas esa pregunta.

HIJO: ¿Tú también vas al País de las Estrellas?

NIÑO: Sí, voy a buscar a mi padre.

HIJA: ¿Nuestro padre también está en el País de las Estrellas, mamá?

MUJER: No, hija. Ya les he contado lo que le pasó a tu padre. Se volvió piedra y se ocultó en lo más profundo de las entrañas de la tierra. Llevaba el campo en sus venas, pero vino el fuego y arrasó con todo. No hubiera querido dejarnos solos, habría querido verlos crecer, escuchar sus risas hasta que se multiplicaran en las risas de sus hijos. Íbamos a ver juntos la puesta del sol.

NIÑO: (A la Mujer) Usted es muy bonita.

MUJER: No lo soy. Seguro te recuerdo a tu madre. Ella sí debe ser muy bonita.

NIÑO: Es la más hermosa. Me enseñó a besar semillas para que las plantas crezcan fuertes y den los frutos más deliciosos.

*El BARQUERO ríe por lo bajo.*

NIÑO: ¿De qué se ríe?

BARQUERO: Tu mamá te engañó, Niño. Eso de besar las semillas... Es una mentira.

NIÑO: No es una mentira.

MUJER: Las palabras de una madre a su hijo jamás cargan maldad.

BARQUERO: Hubiera conocido a la mía. Era un verdadero energúmeno. Gritaba por cualquier cosa y de su boca nunca salió algo más que sapos y culebras. No era más grande que ninguno de estos niños cuando decidí andar solo mi camino. ¡Qué iba a aguantar a esa loca! La mamá besa semillas de este niño seguro también es un caso, si no, cómo se explica que ande solo.

NIÑO: (Grita) ¡Cállese!

BARQUERO: ¡Cállate tú! ¿Quieres que nos encuentren los guardianes? Nos arrojarán al río para que los peces se den un festín. El alma de los ahogados nunca sale del agua. No se vuelve una nube ni se congela. Queda atrapada, pegada en las piedras del fondo. Pórtate bien, Niño, o yo mismo me encargo de que tu alma quede sumergida para siempre.

*Un montón de luces comienzan a aparecer por todo el escenario. Se mueven de un lado a otro como luciérnagas.*

HIJA: Mira, Mamá, ¡las estrellas!  
MUJER: No, Hija, son las luces de la ciudad.  
HIJA: No, son estrellas. ¿Verdad, señor?

BARQUERO: (Intrigado) No lo creo... Las estrellas no se ven desde el río, primero hay que cruzar el desierto.  
HIJA: Mira qué lindo brillan, mamá. Parece como si bailaran. Quisiera pedirle un deseo a una de ellas.  
BARQUERO: No, definitivamente ésas no son estrellas.  
HIJO: Entonces, ¿qué son?  
BARQUERO: ¡Agáchense!

*De pronto, todas las luces se apagan. El NIÑO desciende de la embarcación y es iluminado por un especial.*

NIÑO: El Hijo fue el primero. Se escuchó un zumbido como de mil avispas y de pronto ya no estaba en el barco. Su madre lo buscaba, le gritaba llena de angustia. Sus gritos despertaron los otros zumbidos.

*Las luces vuelven a encenderse, el barco está vacío.*

NIÑO: Me acordé de la lluvia de la que me habló el Viajero. Fue eso, una lluvia de luz y de ruidos. Los zumbidos se te metían bajo la piel. El Barquero quiso remar más rápido, pero pronto desapareció. También la Hija se esfumó, se habrá ido a bailar con las estrellas, a pedirles deseos... Al final sólo quedó la Madre. Me abrazó, me dijo que todo estaría bien. Yo cerré muy fuerte los ojos y de pronto sentí el frío del agua nocturna. Moví mis manos, mis pies... Dejé que la corriente me llevara mientras le suplicaba al río: por favor, quiero ver a mi padre, quiero ver ese cielo que llenó los ojos de mi madre. Y quiero que ella conserve la palabra que le dejé en esas manos que siempre han sembrado esperanza. Si el viento se lleva esa palabra, sus manos estarán tan secas como la tierra de mi pueblo y nuestras almas nunca se van a encontrar porque la mía se quedará aquí, atrapada en estas piedras, en la oscuridad del fondo. Estoy seguro de que lloré. Mis lágrimas se mezclaron con el agua del río y cuando abrí los ojos, había luz.

*El escenario se ilumina por completo. El NIÑO está en el centro. Se saca del bolsillo la semilla que le dio su madre y la observa con detenimiento. Luego de guardarla nuevamente, coloca sus manos junto a su boca haciendo bocina.*

NIÑO: (Grita) ¡Mamá! Estoy bien. (Suspira) Ojalá que el viento que va al sur le lleve mi mensaje. Que cuando ella abra la ventana le llegue una brisa reconfortante. Que le llegue por la mañana, y que esa mañana sea fresca, limpia.

*El NIÑO saca la cantimplora de la mochila del VIAJERO.*

NIÑO: Llené la cantimplora en el río. Me escondí muy bien para que los guardianes no me vieran. Tenía miedo de que esas aguas fueran tan malas como las que se llevaron a mi amigo, el Viajero. Pero si ya me habían perdonado la vida una vez, estaba seguro de que lo harían nuevamente.

*Le da un trago a la cantimplora.*

NIÑO: Y se extendió frente a mí... el desierto. Los pasos ardían, era como caminar entre brasas.

*El VIAJERO aparece en un extremo del escenario. Una luz tenue lo ilumina dándole un aire espectral. Mientras dialoga con el NIÑO, éste irá luciendo cada vez más cansado.*

VIAJERO: El camino es largo.

NIÑO: Me advirtió el Viajero.

VIAJERO: Déjate acariciar por cada sombra que te encuentres en el camino

NIÑO: No hay ninguna sombra. Sólo este cielo en llamas.

VIAJERO: No olvides que el agua te dará vida.

NIÑO: Pero tú...

VIAJERO: Ésa no era agua. Era veneno. Fui descuidado. Tenía todo. Estaba preparado. ¡Y mira!

NIÑO: Hubiera querido que terminaras el viaje.

VIAJERO: Empecé otro viaje. Ahora vivo entre la hermosa música de la eternidad.

NIÑO: En cambio mi camino... Estoy muy cansado. Y no hay ninguna sombra.

VIAJERO: Ojalá pudiera ser una nube y saludarte desde lo alto.

*Se escucha una risa femenina. NIÑO se pone alerta.*

NIÑO: ¿Qué es eso?

VIAJERO: El desierto está lleno de criaturas... depredadores, bestias.



*La risa es ahora más fuerte.*

NIÑO: No te vayas. Tengo miedo.

VIAJERO: No puedo seguir aquí. Ya te he dado lo único que podía darte.

*El VIAJERO desaparece. NIÑO, fatigado, se deja caer en el suelo. Una mujer, la DAMA, entra a escena. Lleva una túnica que cubre la mitad de su rostro.*

DAMA: ¿Qué pasó, pequeño? ¿Te perdiste?

*DAMA se acerca al NIÑO, él retrocede.*

DAMA: ¿No tienes quién te guíe?

NIÑO: Sé a dónde voy. Hacia el norte. Puedo guiarme por el sol.

DAMA: El sol, el sol... El sol es muy traicionero. No deberías confiar en él. Ahora te guía, pero pronto sentirás cómo pesa. Encajará sus rayos en tu piel, te robará cada gota de agua de tu cuerpo. Otro desierto nacerá en tu boca. El desierto es el campo de juego del sol, y a él le gustan los juegos crueles.

NIÑO: Tengo que seguir.

*El NIÑO se levanta y avanza unos pasos, pero se detiene, vacilante. Intenta un par de pasos hacia otra dirección y se detiene una vez más haciendo cada vez más notoria su confusión.*

DAMA: El desierto tiene todos los caminos, pero sólo uno es el que te permite salir de él. No hay un laberinto más peligroso que aquel que no tiene muros.

NIÑO: Sé hacia dónde voy. Me lo dijeron en la escuela. Derecho hacia allá.

*El NIÑO indica hacia una dirección.*

DAMA: ¿Seguro?

*El NIÑO baja el brazo y mira hacia varias direcciones. Luce desorientado.*

DAMA: Puedo caminar a tu lado, si me dejas.

*La DAMA toma lentamente al NIÑO del brazo y lo atrae hacia ella. Comienzan a caminar por el escenario marcando trayectorias circulares.*

DAMA: Yo conozco todos los caminos. He transitado cada uno de ellos.

NIÑO: ¿Usted también va al País de las Estrellas?

DAMA: Yo voy a todos lados.

NIÑO: ¿Cómo a todos lados? No juegue conmigo.

DAMA: ¿No te gusta jugar? Eres un niño. A los niños les encanta jugar. Sígueme. Te voy a sacar de aquí.

NIÑO: Espéreme, por favor. Voy a tomar un poco de agua.

*Se detienen. El NIÑO va a tomar agua, pero encuentra que la cantimplora está vacía.*

NIÑO: ¿Qué? Ya no queda ni una gota. Pero la llené en el río. ¿Y si me da sed?

DAMA: Ya no debes preocuparte. Sólo camina conmigo. Pronto dejarás de sentir sed y cansancio. Ese molesto sol irá a dormir tras las montañas... y tú dormirás con él.

*Reinician la marcha.*

NIÑO: ¿Falta mucho para que lleguemos?

DAMA: Falta muy poco.

*Se escuchan graznidos. NIÑO mira hacia el cielo.*

NIÑO: ¿Y esos pájaros? ¿Son pájaros...?

*NIÑO se tapa la boca.*

DAMA: ¿Negros?

NIÑO: No los nombre.

DAMA: ¿A los pájaros negros?

NIÑO: ¡No! Por favor, no los nombre. Van a venir.

DAMA: ¿Les tienes miedo?

NIÑO: No, pero...

DAMA: ¿No les tienes miedo? ¿No te atemorizan sus graznidos como truenos en la tempestad? ¿Su aleteo estridente? Apuesto a que nunca les has visto los ojos. Son ojos tan negros como su plumaje. Si los observas fijamente dicen que puedes ver en ellos tu propia muerte.

*La DAMA sujeta al NIÑO de los hombros y comienza a jalar su cuerpo hacia abajo hasta sentarlo.*

NIÑO: No les tengo miedo.

DAMA: La valentía y la estupidez se parecen mucho.

NIÑO: Están volando sobre nosotros.

DAMA: Estás cansado, ¿verdad?

NIÑO: Sí, mucho. Pero no podemos parar a descansar. Ahí están los pájaros... volando en círculos. Los veo cada vez más cerca.

DAMA: Puedes descansar. Tienes todo el tiempo del mundo, la eternidad se extiende ante ti igual como se extiende el desierto.

*DAMA tapa con su mano los ojos del NIÑO. La luz empieza a bajar de intensidad.*

DAMA: El Sol se va a dormir. ¿Por qué no dormimos con él? Has caminado por horas. ¿No lo sientes? Tus pies están sangrando. El desierto se roba todo el líquido que encuentra a su paso. Absorberá tu sangre si lo dejas.

NIÑO: (en balbuceos por el cansancio) Quiero llegar... Quiero ver las estrellas.

DAMA: Puedo llevarte a otro sitio donde también brillan las estrellas. Ven conmigo.

*El NIÑO intenta quitarse las manos de la DAMA de sus ojos. Los graznidos no cesan, aumentan de intensidad.*

NIÑO: No, váyase. No me puedo quedar aquí. Váyase.

DAMA: Sígueme. Las estrellas entrarán en tus ojos.

NIÑO: Eso decía mi madre...

DAMA: No tengas miedo.

NIÑO: Tengo miedo... tengo miedo.

*La DAMA pone el rostro del niño frente al suyo y se retira la tela que cubre parte de su cara. La DAMA ahora es la MADRE. Los graznidos, que habían alcanzado un volumen muy alto, cesan de pronto.*

MADRE: ¿Cómo puedo darte miedo?

NIÑO: ¿Mamá?

MADRE: Mi niño hermoso. Ya es de noche. Hay que dormir.

NIÑO: ¿Viniste por mí?

MADRE: Claro, ¿no me ves que aquí estoy? Vengo a cuidarte, a cargarte en mis brazos como cuando llegaste al mundo.

NIÑO: ¿Me escuchaste? Grité lo más fuerte que pude.

MADRE: No hables más. Vamos a regresar a nuestra tierra. Pero primero debes descansar. Debes dormir. Ya estás a salvo. El desierto irá desapareciendo a nuestro alrededor. Pronto todo será oscuridad. Veremos con los ojos de los pájaros negros.

NIÑO: No los...

MADRE: No temas. Los pájaros negros no te harán daño.

NIÑO: Pero tú dijiste... Allá en nuestra tierra. Ellos robaron las semillas... No podemos decir su nombre.

MADRE: Ya no hables más... (comienza a cantar)  
Duerme, mi niño, duerme tranquilo;  
cierra los ojos baila conmigo.  
Yo soy la dama del sueño eterno,  
la tierra, el agua, el fuego, el viento.  
Duerme, mi niño, duerme tranquilo

*Con el canto de la MADRE vuelven los graznidos de los pájaros negros. El NIÑO es vencido por el sueño. La MADRE termina de cantar y se cubre nuevamente el rostro para volver a ser la DAMA.*

DAMA: Vengan, niños míos. Acérquense al festín.

*Comienzan a entrar al escenario criaturas aladas que se acercan con cautela al niño, quien yace recargado en el cuerpo de la dama.*

DAMA: El desierto nos ofrece un banquete. Carne fresca. Acérquense, mis niños. Coman hasta saciarse.

*Los pájaros comienzan a rondar el cuerpo del niño. Poco a poco comienzan a tocarlo y posteriormente lo levantan ante la mirada complacida de la DAMA.*

DAMA: Dancen, mis pequeños. ¡Dancen! Pero no olviden dejarle al desierto lo que le pertenece.

*Los pájaros bajan el cuerpo del niño y lo cubren por completo con su plumaje. Un grito se escucha por encima de los graznidos. Aparece un HOMBRE blandiendo un cayado y espantando a los pájaros. Van saliendo del escenario entre graznidos. La DAMA retrocede.*

HOMBRE: ¡Largo bestias! Pajarracos miserables. Vuelen y márchense de aquí.

DAMA: ¿Qué haces, insensato? Es mío. Me pertenece. Es el alimento de mis hijos.

HOMBRE: (Amenaza a la mujer con el cayado) Tus hijos han comido demasiado. Son bestias obesas y horribles. No necesitan más.

DAMA: ¡Qué sabes tú!

HOMBRE: Los he visto atracarse frente a mis ojos. Merodean a quienes cruzan el desierto. Devoran su esperanza, su vitalidad. Los reducen a granos de arena que van haciendo cada vez más ancho este maldito desierto.

DAMA: Yo te he visto antes. Esos ojos... estuvieron a punto de cerrarse frente a mí.

HOMBRE: Pues míralos ahora. Abiertos como platos, siempre mirando al futuro.

DAMA: Un día pondré mis manos sobre tus ojos y los cerraré.

HOMBRE: No será hoy.

DAMA: Si sigues vagando por el desierto, será dentro de poco. No me olvidaré de lo que hoy me quitaste.

HOMBRE: Ni ha sido lo primero ni será lo último que te quite. Me burlaré de ti mientras tenga vida.

DAMA: Tú lo has dicho. Mientras tengas vida. Llegará la hora en la que me tocará reír.

*La DAMA sale de escena. El HOMBRE se acerca al NIÑO y le echa en el rostro un chorro de agua de una cantimplora. El NIÑO despierta. Poco a poco empiezan a aparecer en el cielo pequeños brillos.*

NIÑO: (Apenas con fuerzas) ¿Mamá?  
HOMBRE: ¿Crees que soy tu madre? ¿Con esta barba? Debe ser una mujer horrible.  
NIÑO: ¿Dónde estoy?  
HOMBRE: Sigues en el desierto.  
NIÑO: ¿Qué me pasó?  
HOMBRE: Preguntas, preguntas, preguntas. Déjame ver tus manos.

*El NIÑO le muestra las manos al HOMBRE, luego voltea a ver al cielo y es cautivado por los brillos que han aparecido en él.*

HOMBRE: Estas manos han trabajado. Son manos útiles.  
NIÑO: Señor, ¿qué es eso que brilla en el cielo?  
HOMBRE: ¡Qué bueno que te arrebaté de esos pajarracos inmundos! Vas a serme de gran utilidad.  
NIÑO: Esos brillitos tan lindos... Están por todo el cielo.  
HOMBRE: Escucha, niño. Me debes la vida. Te salvé. Ahora vendrás conmigo.  
NIÑO: Sí, señor. Pero dígame, ¿qué son los brillos? Dígamelo, por favor... ¿Son...?  
HOMBRE: ¿Qué son? ¡Qué van a ser, niño! Son estrellas.  
NIÑO: ¿Estoy en el País de las Estrellas?  
HOMBRE: Así es.

*El HOMBRE le coloca al NIÑO unas esposas.*

HOMBRE: Bienvenido.

*El NIÑO sigue contemplando las estrellas, maravillado. No ha reparado en las esposas.*

NIÑO: Llegué. Estoy en el País de las Estrellas y ahora puedo contemplarlas allá en lo alto. Son como me contó mi madre. No puedo dejar de mirarlas. Creo que ya se me metieron en los ojos porque tengo ganas de llorar. Pronto encontraré a mi padre. Le mostraré el dibujo que hizo el Viejo y sabrá quién soy yo... Soy él mismo. Sus ojos, sus sueños, su promesa de volver.

*Un grupo de niños con manos esposadas entra a escena y se sientan junto al NIÑO.*

NIÑO 2: (Viendo al Niño) ¿Y a este qué le pasa?  
NIÑO 3: Está embobado con las estrellas.  
NIÑO 4: Ya se le pasará. Déjalo. Así llegamos todos. Ahora no me quedan ganas de voltear al cielo.  
NIÑO 2: (A Niño) Hey, ya deja de ver las estrellas. Te vas a volver tonto.  
NIÑO 3: Demasiado tarde.

NIÑO 4: Es su primer día. Cuando llegue la noche a ver si tiene fuerzas

*Las luces desaparecen de pronto. El NIÑO sale de su trance y mira confundido las esposas. El HOMBRE entra con un saco enorme lleno de semillas.*

HOMBRE: Tomen sus semillas. Hay que trabajar.

NIÑO: ¿Qué vamos a hacer?

NIÑO 2: A trabajar. ¿Que no oíste?

*Los NIÑOS toman un puñado de semillas del saco del HOMBRE. Conforme hablan tiran las semillas al suelo.*

NIÑO 3: De sol a sol.

NIÑO 4: Con un descanso de media hora.

NIÑO 2: Un mendrugo de pan en la comida.

NIÑO 3: Un poco de agua con ese sabor extraño.

NIÑO 2: Como a fierro.

NIÑO 3: La gente tiene que comer.

NIÑO 4: Nosotros tenemos que comer.

NIÑO 2: Pero nunca lo que sembramos.

NIÑO 3: Cosechamos otra cosa.

NIÑO: Mi madre me enseñó a sembrar los frutos más deliciosos.

*Los niños dejan de tirar las semillas. El HOMBRE se pone alerta. NIÑO toma una semilla y la besa. La tira al suelo.*

NIÑO: Hay que amar la semilla que nos alimentará.

*Los niños comienzan a reír.*

NIÑO 4: ¡De verdad es tonto!

NIÑO 2: ¡Cómo vamos a besar las semillas!

HOMBRE: (Grita) ¡A callar!

*Los niños guardan silencio y continúan con el trabajo. HOMBRE se acerca a NIÑO y lo toma por la camisa.*

HOMBRE: Deja de hacer eso. No les llenes la cabeza de estupideces.

NIÑO: Pero es que los frutos serán más deliciosos si...

HOMBRE: Esos frutos no serán para ti ni para ninguno de estos mocosos. Son para la gente que vive aquí en el País de las Estrellas.

NIÑO: Mi padre vive aquí. Tal vez si prueba uno de esos frutos me recordará y vendrá a buscarme. Tengo que encontrarlo, señor.

HOMBRE: Los que vienen acá se olvidan de su gente.

NIÑO: No es verdad. El Viejo vino y volvió y él recuerda todo. Mi padre dijo que volvería. Me iba a llevar una estrella.

HOMBRE: (Amenazador) ¿Me estás diciendo mentiroso? Entiéndelo. Si nunca tuviste noticias de tu padre fue porque se olvidó de ti. Yo ya no recuerdo a mi gente. La desterré de mis venas. Cada semana les hago llegar un poco de polvo de estrellas para que su vida sea más llevadera. Pero me he olvidado de sus rostros, de sus nombres. Tú también olvidarás.

NIÑO: ¡No! Tengo que regresar. Se lo prometí a mi madre.

HOMBRE: ¡Basta! Ponte a trabajar como los demás. Me debes la vida. Cada segundo que respires me pertenece de ahora en adelante. No te faltará más. Tendrás tu mendrugo de pan, tu agua con sabor ferroso, un poco de polvo de estrellas que podrás enviar allá a tu casa. Pero, ¿regresar? Olvídalo.

NIÑO: No, yo tengo que regresar. Lo prometí. Mi madre tiene mi palabra entre sus manos.

*HOMBRE sujeta al NIÑO y lo arroja al piso.*

HOMBRE: Cállate. O te quemaré los pies para que no puedas andar. Trabaja, trabaja, trabaja.

*Los niños musitan la palabra “trabaja” mientras mecánicamente arrojan las semillas al suelo. HOMBRE sale luego de escena.*

NIÑO: Trabajé hasta que el sol se ocultó. Esperaba que las estrellas salieran a recordarme que mi padre estaba cerca, que pronto podría verlo y que me acompañaría de regreso a buscar a mi Madre. Pero esa noche no hubo estrellas.

*Los NIÑOS se sientan alrededor del NIÑO.*

NIÑO 2: Pensabas que salían todos los días.

NIÑO 3: Para algunos salen todos los días.

NIÑO 4: Nosotros nos tenemos que conformar con uno que otro destello de vez en cuando.

NIÑO 2: No podemos hacer otra cosa más que trabajar.

NIÑO 3: Ahora podemos dormir.

NIÑO 4: Sólo para mañana volver a trabajar.

*Los niños repiten la palabra “trabajar” mientras van quedándose dormidos. De pronto todo es silencio. El NIÑO saca la semilla que le obsequió su madre. La contempla.*

NIÑO: Tú no serás como esas semillas. A ti te sembraré en mi tierra, como me lo pidió mi madre. Serás un árbol fuerte de raíces vigorosas y frutos succulentos. Mi padre me ayudará a sembrarte. Juntos te regaremos, pondremos una cerquita de madera para protegerte.

*Entra el HOMBRE y descubre al NIÑO con la semilla.*

HOMBRE: ¡Ladrón! Te estás robando mis semillas.  
NIÑO: ¡No! Esta semilla es mía.  
HOMBRE: ¡Mientes!

*Los otros niños despiertan.*

NIÑO: Me la dio mi madre. Me dijo que la sembraría a mi regreso.  
HOMBRE: ¿No lo has entendido? ¡No vas a regresar a ningún lado! Dame esa semilla.  
NIÑO: ¡No! ¡No me la quite, por favor!  
HOMBRE: (A los niños) Quítenle la semilla a ese ladrón.  
NIÑO: Por favor, no.

*Los niños se abalanzan sobre el NIÑO, quien lucha a toda costa por conservar su semilla. La fuerza del grupo se impone y el NIÑO queda desposeído y en el suelo. El HOMBRE lo levanta y le quita las esposas.*

HOMBRE: Vete. Eres un malagradecido. Te salvé la vida. Te alimenté. Te di trabajo. Ibas a tener mucho polvo de estrellas. No te protegeré. Allá afuera estarás a merced de los guardianes. Si te encuentran van a acabar contigo. Te reducirán a nada.  
NIÑO: Por favor, regresemme mi semilla. ¡La necesito!

*El HOMBRE y los NIÑOS salen de escena. El NIÑO se tira al suelo. Un especial lo ilumina.*

NIÑO: No vi las estrellas en los siguientes días. Caminé y caminé. Tenía sed y hambre. Hubiera querido unas migajas de pan y un sorbo de agua ferrosa. Pero no tenía nada. Llegué a una ciudad de paredes que llegaban hasta el cielo.

*La luz vuelve a todo el escenario. Entra una mujer, una EXTRANJERA ataviada en colores brillantes con unos lentes gigantes de forma irregular y una peluca de cabellos dorados. Se encuentra con el NIÑO. Los diálogos de la EXTRANJERA se dirán en un idioma incomprensible para el público. La EXTRANJERA le habla al NIÑO y este no responde. Insiste sin éxito. Saca de su bolso una barra de chocolate que le ofrece al NIÑO, él por fin repara en la EXTRANJERA. La mira con timidez y contempla la barra con anhelo. No se anima a tomarla pero ante la insistencia de la mujer finalmente lo hace y devora la golosina. La MUJER acaricia la cabeza del NIÑO, le dice algo y sigue su camino.*

NIÑO: ¿Y si mi padre vive en esta ciudad?

*NIÑO saca el dibujo que le hizo el VIEJO.*



NIÑO: Mi padre tiene mis ojos. Ojos que ya vieron lo que ahora estoy viendo. ¿Podrían encontrarse nuestros ojos? ¿Reconocernos?

*El escenario pronto se ve invadido por un numeroso grupo de personas vestidas a la usanza de la EXTRANJERA y portando máscaras sin expresión. Todos caminan en trayectorias irregulares y vociferando diálogos en el idioma incomprensible. El NIÑO camina entre ellos e intenta hablarles mostrándoles el dibujo, pero no puede entender sus respuestas. El NIÑO se detiene rendido en un extremo del escenario. La gente de la ciudad de paredes que llegan hasta el cielo sigue en sus trayectorias sin sentido. Hay un HOMBRE que sale de entre todos y se coloca en el extremo opuesto al del NIÑO. Se quita la máscara.*

HOMBRE: Las huellas que me trajeron acá se han borrado. El viento y el tiempo no tuvieron compasión. Mi nombre fue otro en esta ciudad de paredes infinitas.

*El NIÑO repara en el HOMBRE. Camina hacia él con el dibujo en las manos.*

HOMBRE: Las estrellas brillaban esa noche. La noche que salí del desierto. Pero un día después desapareció el brillo. Más bien, el brillo seguía ahí, pero mis ojos ya no pudieron verlo.

*NIÑO se pone frente al HOMBRE y le extiende el dibujo. El HOMBRE ve el dibujo y contempla al NIÑO. Niega ligeramente con la cabeza y se coloca de nuevo la máscara. Otro HOMBRE se detiene.*

HOMBRE 2: Quise sembrar un árbol. Brotó una ramita que creció hasta ser un pequeño tronco. Era feliz. Hasta ese día cuando descubrí que el tronco estaba lleno de gusanos.

*El NIÑO corre hasta donde está el HOMBRE 2 y le muestra el dibujo. HOMBRE 2 también niega y se pone la máscara. Apenas hace eso y otro HOMBRE se detiene y se desenmascara.*

HOMBRE 3: Sobreviví al río voraz. Nadé tan fuerte como fuertes eran mis sueños para evitar ser devorado.

*NIÑO corre hasta HOMBRE 3 pero no alcanza a llegar porque un cuarto HOMBRE se quita la máscara.*

HOMBRE 4: Mis manos están llenas de polvo de estrellas. Hay papelitos verdes pudriéndose en mi estómago (suelta una risotada).

*NIÑO se ve indeciso, ya no sabe hacia dónde correr. Se queda parado. Otro HOMBRE se quita la máscara. Le sigue uno más y otro más.*

HOMBRE 5: No todo lo que brilla es oro. No todo lo que brilla son estrellas. No todo que brilla es vida. No todo lo que brilla, brilla.

HOMBRE 6: Mañana volveré a mi tierra. Mañana. El mes entrante volveré a mi tierra. El mes entrante. El próximo año volveré a mi tierra. El próximo año. En diez años volveré a mi tierra. En diez años. Nunca volveré a mi tierra. Nunca.

HOMBRE 7: Mi nombre es...

*El último hombre comienza a hablar en el idioma incomprendible. Todos los hombres reanudan la trayectoria irregular, pero ahora con un andar lento y pronunciando con tedio diálogos imposibles de entender. El NIÑO observa su dibujo.*

NIÑO: Mi padre no iba a cumplir su promesa. Lo supo desde el mismo día que se fue. ¿Y yo? ¿Yo tampoco volveré? Ya vi las estrellas. Fue algo tan lindo. Aunque no era para tanto. Eran más lindas aquellas luciérnagas que invadieron la noche en mi tierra. Lástima que se murieran.

*La EXTRANJERA entra a escena. El NIÑO le muestra su dibujo. La EXTRANJERA ríe un poco y le indica al NIÑO que la tome de la mano. El NIÑO cede y la mujer lo pasea por el escenario. De pronto, los hombres de la ciudad se despojan de sus vestuarios coloridos y visten ahora ropa gris y lentes oscuros. Se lanzan sobre el NIÑO, quien en la confusión suelta su dibujo. La EXTRANJERA lo recoge.*

NIÑO: ¡No! ¿Qué hacen? ¡Suéltense!

*Los hombres grises alzan en brazos al NIÑO y lo llevan por todo el escenario. La EXTRANJERA rompe el dibujo del NIÑO y adopta una postura similar a la de la estatua de la libertad, pero en lugar de llevar una antorcha en la mano alzada, la ondea como despidiéndose. Finalmente salen de escena. Los hombres de gris forman con sus cuerpos una prisión en medio del escenario en la que el NIÑO queda cautivo. Uno de los hombres pronuncia un discurso apasionado en la lengua incomprendible. Constantemente señala y acusa al NIÑO quien, angustiado, no entiende lo que está ocurriendo. El Hombre por fin termina.*

NIÑO: Por muchos días estuve encerrado en ese cuarto sin ventanas. Nadie me hablaba. Y, aunque me hablaran, no podía entenderlos. Luego llegaron otros niños y a todos nos subieron en un camión. ¿Qué nos van a hacer? Les preguntábamos a esos hombres de ropas grises. Pero no nos contestaban. Un señor de gris se me acercó por fin y me preguntó dónde vivía. A él sí le pude entender, hablaba así como yo. Yo le dije el nombre de mi tierra y me dijo que al día siguiente estaría ahí de regreso... De regreso...

*Los hombres de gris se esfuman. Aparece nuevamente la cerca sobre el terraplén y la voz del VIEJO resuena cantando.*

VIEJO: Mamá, yo quiero volar  
Quiero ver todo de arriba  
Mamá, yo quiero volar  
Ser un ave a la deriva.  
Mamá, yo quiero volar  
Quiero perderme en el viento  
Mamá, yo quiero volar  
Quiero...

*El VIEJO se queda callado.*

VIEJO: Todavía no recuerdo lo que sigue. Creo que lo he olvidado para siempre.

NIÑO: ¿Para qué recordarla? Al fin y al cabo uno no puede volar.

*El VIEJO mira bien al Niño, lo reconoce.*

VIEJO: (Ríe) Regresaste, Niño.

NIÑO: No regresé. Ellos me echaron.

VIEJO: ¿Pudiste ver las estrellas?

*El NIÑO se encoge de hombros con indiferencia.*

VIEJO: Tu amigo, el de la escuela, también volvió. Otro pajarito que quiso hacer "gri gri gri". No le fue tan bien como a ti, Niño. Regresó justo el día que tú te fuiste... En una caja. Se estrelló el pobrecito.

NIÑO: Yo también me estrellé. Tampoco pude volar.

VIEJO: Pero estás aquí, Niño.

NIÑO: Uno no regresa del todo. Usted mismo lo dijo.

VIEJO: ¿Viste a tu padre?

NIÑO: Sí. Lo vi en muchos rostros. Pero ninguno de esos rostros se parecía al de mi dibujo.

VIEJO: Ni siquiera tu rostro se parece ahora a tu dibujo. Eres otro, Niño. Ya no eres tu padre. Tus ojos son como el cielo sobre nosotros, vacíos.

NIÑO: ¿Quién soy ahora?

*El VIEJO sale de escena. La MADRE aparece en un extremo del escenario. Está en el suelo peinando su cabello. El NIÑO se acerca a la MADRE y la abraza por la espalda. Al sentir el contacto, la MADRE sonríe.*

MADRE: Niño mío.

HIJO: Mamá, perdí la semilla que me diste.

MADRE: No importa, amor. Tenemos más semillas. La esperanza germina siempre.

HIJO: Pero las perdimos todas. Se las llevaron los pájaros ne...

MADRE: (lo pone frente a sí) No los nombres.

HIJO: (mirando al cielo) Ellos sí pueden volar.

MADRE: No les sirve de nada. Vuelan porque no merecen la tierra. Son crueldad, tristeza, muerte.

*La MADRE le ofrece una semilla al NIÑO. Él no la toma.*

MADRE: Toma, es tiempo de sembrar una nueva semilla. Crecerá como un árbol lleno de vigor.

HIJO: En esta tierra no hay árboles que puedan crecer.

MADRE: Tu árbol encontrará la manera. Esta es tu tierra.

HIJO: Ellos pueden volar hasta donde están las estrellas, pueden alcanzar lo alto de las montañas donde aún habita la lluvia.

MADRE: ¿Quién eres, Niño?

HIJO: No soy mi padre. Yo regresé. Mi palabra no fue arrastrada por el viento.

MADRE: Tu padre dejó de tener nombre. No quiero dejar de pronunciar el tuyo.

*Se empiezan a escuchar a los lejo los graznidos de los pájaros negros. Conforme avance la escena se escucharán más fuerte.*

MADRE: Regresaron.

NIÑO: Son los pájaros negros.

MADRE: ¡Hijo! No los...

NIÑO: Los pájaros negros... (Grita) ¡Los pájaros negros! Sí, los nombre o no, estarán aquí siempre. Somos nosotros mismos... Somos los que queremos volar y no nos dejan. ¡Somos los pájaros negros!

MADRE: No, hijo, tú no... Quiero que tu rostro conozca la pureza del agua de la lluvia.

NIÑO: La lluvia y las estrellas ya no son nuestras. Sólo lo serán si podemos volar, y sólo podré volar si soy como ellos.

*Los graznidos inundan la escena.*

MADRE: Ya están aquí. Hijo, toma la semilla... Besa la semilla y disfrutarás de los frutos que nacerán de ella.

*La MADRE extiende nuevamente la mano al NIÑO ofreciéndole la semilla. Él le da la espalda.*

NIÑO: Voy a volar, mamá. Voy a perderme en el viento. Y después, no sé. El Viejo olvidó lo que seguía en su canción.

*Los graznidos se escuchan en pleno y opacan los gemidos de la MADRE, quien abandona la escena. El NIÑO dirige su vista al cielo. Los pájaros negros entran lentamente a escena y lo rodean. Lo elevan en el aire y él extiende sus brazos imitando las alas al vuelo. Oscuro.*